

HOMENAJES

LEONIDAS

GAMBARTES



“Los grandes poetas y los grandes artistas —afirmó alguna vez Apollinaire— tienen como iunción social renovar sin cesar el aspecto que adquiere la naturaleza a los ojos del hombre. Sin los poetas, sin los artistas, los hombres se hastiarían pronto de la monotonía de la naturaleza. La idea sublime que ellos tienen del universo se desplomaría con rapidez vertiginosa”. Esta fue, seguramente, la fórmula primordial que guió a Leónidas Gambartes en la búsqueda de su arte: un arte lúcido y firmemente comprometido consigo mismo, un arte con imágenes propias, sin escuelas ni clausuras ajenas.

En la pintura de Gambartes no hay errores ni mistificaciones, no hay apariencias ni máscaras. Su arte: emplazado en forma honesta sobre una historia autóctona hecha de magias, presagios y dolores de raíces atávicas, es siempre y ante todo un arte reposado, respetuoso de lo que denuncia, bello en su belleza o en su morbidez. Su autor entendió que —por sobre todo— importa el amoroso fervor, la realidad de la devoción, para llegar a una pintura que realmente “concite la totalidad del hombre”.

Así, con el fuerte y mediúmnico designio de pintar, trabajó sin descanso toda su vida. Marchando hacia adentro, "hacia la conquista de nuestra imagen: propia y única como la impresión digital", sufrió todas las muertes y las resurrecciones del creador verdadero.

Frecuentó el clima de trasmundos y los invisibles y elementales espíritus de la tierra indígena, con su acervo de acentos mágicos y religiosos, con sus supersticiones y agorerías eriolas. A todo esto, a esta aparente incorporeidad de íncubos y alquimias, Gambartes le dio una realidad concreta y raramente plástica; al mal de ojo y a las mil formas del conjuro les prodigó un acento dramático; al dolor y a la pobreza, una mansedumbre bíblica.

Como lo afirmara Córdova Iturburu, nunca ese mundo había sido motivo, en nuestro país, de un tratamiento de tanta dignidad. Leónidas Gambartes fue el primer pintor argentino que se aventuró a dar forma plástica al destino de una parte muy olvidada de nuestro pueblo. Gracias a una vibración de sutilísimas ondas, el pintor dejó paso al hombre en la enumeración de sortilegios y conjuros, de faunas y floras, de minerales y mitoformas, maravillosamente ligados a una criatura conmovida: reflejo fiel de cierto ángulo de nuestra criolledad.

J. M. T. I.



LORENZO DOMINGUEZ

Inesperadamente ha fallecido, el 21 de marzo de este 1963, Lorenzo Domínguez. Desde hace más de quince años seguíamos de cerca la actividad creadora del gran escultor chileno, afincado en la Argentina desde 1941, a donde había llegado para, como él decía, *predicar* la escultura en la Escuela Superior de Artes Plásticas de la Universidad de Cuyo. En 1949 se trasladó a Tucumán, donde continuó con su labor personal y la enseñanza artística, esta vez en el Instituto Superior de Artes de la Universidad de Tucumán. De aquella ciudad regresó a Mendoza en 1956, donde le acaba de sorprender la muerte.

Durante las dos décadas de su actuación artística en la Argentina realizó, además de una obra escultórica de altísima calidad, entre la que se cuentan monumentos y trabajos públicos, una incesante y generosa tarea educativa, en cuya escuela hay nombres de alumnos y ex alumnos como los de Antonio Pagés, José Carreri, Carlos Alonso, Beatriz Capra, José Briones, Carlos de la Motta y cien más. Entre los monumentos públicos hay que mencionar el realizado en la plaza Chile de Mendoza, en homenaje a la fraternidad argentino-chilena, y el que ha dejado en Tucumán, en los jardines del Instituto Miguel Lillo, en homenaje al sabio tucumano.

Lorenzo Domínguez había nacido en Santiago de Chile el 15 de mayo de 1901. Hizo sus estudios de primera y segunda enseñanza en su país natal. En 1920 viajó a España para iniciar estudios de medicina en la Universidad de Madrid. Abandona esos estudios en cuarto año, para dedicarse de lleno a la escultura. Trabaja en los talleres de renombrados escultores españoles de la época, entre ellos en los de Juan Cristóbal, Emilio Barral y Julio Antonio. En su formación cultural influyen decisivamente hombres de la importancia de Ramón del Valle Inclán, Enrique Díez Canedo, Pío y Ricardo Baroja, Juan de la Encina y otros. Viaja por las ciudades españolas, estudiando la tradición escultórica de Valladolid, Toledo, Ávila, Burgos, Salamanca, Sevilla, Santiago de Compostela. Diez años dura esa etapa española de la vida artística de Lorenzo Domínguez.

En 1930 regresa a Santiago de Chile, donde sirve la cátedra de escultura en la Facultad de Artes de la Universidad. Aerece su interés por la piedra, como material escultórico de América, que había despertado durante sus años en España, donde dejó un monumento a don Ramón Cajal, en la Facultad de Medicina de Madrid. En Chile realiza una intensa labor personal y algunos trabajos públicos.

Vuelve a España a comienzos de 1938, durante los años de la guerra civil. Vive y estudia en Barcelona, donde estudia el arte romántico de la ciudad. Pasa a París en julio de ese mismo año y estudia en los talleres de Bourdelle, Brancusi y Arp. Viaja por las ciudades francesas de Rouen, Reims, Chartres, Versalles, aplicado siempre al estudio de la gran tradición artística de Francia. Reside durante algún tiempo en Londres, a donde llega impulsado por aquella misma preocupación.

A fines de 1939 vuelve a Santiago de Chile, donde retoma la enseñanza de la escultura en su cátedra de la Universidad. En 1941, la Universidad de Cuyo lo contrata para atender la enseñanza de la escultura en la novel Academia de Bellas Ar-

tes de la misma. Allí forma constelación con maestros de la talla de Francisco Bernareggi, Ramón Gómez Cornet, Víctor Delhez, Sergio Sergi. Entre 1949 y comienzos de 1956 trabaja y enseña en el Instituto Superior de Bellas Artes de la Universidad de Tucumán, con una pléyade de maestros que dieron a aquella escuela un prestigio no alcanzado después: Lino Spilimbergo, Víctor Rebuffo, Ramón Gómez Cornet, Pompeyo Audivert, Eugenio Hirsch, Luis Szálay. A comienzos de 1956 regresa a Mendoza, donde prosiguió su labor personal y su obra de educación artística. En 1960 viajó a la Isla de Pascua, con el apoyo del Fondo Nacional de las Artes, a estudiar los monumentos, las esculturas, los petroglifos y los jeroglíficos del legendario arte pascuense. De allá volvió con un precioso caudal de dibujos personales, de fotografías y rica experiencia que comenzaba a sentirse en sus trabajos más recientes. Estaba escribiendo un libro donde estudiaba, desde el punto de vista artístico, las esculturas de Pascua. En esta tarea lo ha llevado la muerte.

En sus treinta y cinco años de intensa labor artística, ha dejado una imborrable huella en la historia del arte americano. Su nombre tenía prestigio internacional. Además de su monumento a *Cajal* en España (1931), hay que recordar en Chile su *Calvo Mackenna*, su *Pasteur*, su *Bach*, su *Valenzuela Basterrika*. En la Argentina han quedado su *San Martín y O'Higgins*, su *Miguel Lillo*, su *Leandro Alem*, su *Schreiter*, su *Ernesto Padilla*, su *Anacleto Gil* y otros trabajos públicos más.

Muy rico en expresiones artísticas, su obra total ha seguido varios cauces, que van desde los acentos impresionistas de juventud hasta la expresión personal, monumentalista y americana de la madurez. Lorenzo Domínguez se mantuvo siempre dentro de la escultura concreta, exaltación de los volúmenes en el espacio, lenguaje rotundo de los plenos y de los huecos, simplificación de los planos para mejor recibir la luz. No transigía con ciertas formas abstractas de la escultura, que a él le parecían estar fuera del concepto de las artes plásticas, para

entrar en el campo de la pura construcción, interesante e ingeniosa, pero no escultórica. Un tirabuzón, solía decir, es una construcción, pero no una escultura.

Desde hacía unos quince años trabajaba con fuerte interés en el hierro y el dibujo, como expresiones plásticas independientes. Sus trabajos en hierro son inconfundibles y nada tienen que ver con los modos, repetidos e impersonales de la artesanía en metales. Era él en todo lo que hacía. Pensaba con sus manos. Otro tanto se puede afirmar de sus dibujos, que ponderaban al máximo la expresión y la simplificación del lenguaje. Ha dejado series que perlarán en el tiempo: la de *Don Quijote*, la de *Las Piedras*, la de *Las Montañas*, la de *Las Semillas*, la de *Los Hombres-Bestias*, la de los *Dibujos de Pascua*.

Si a todo ello, y a mucho más que no cabe en los límites de esta nota, se agrega su labor docente, que todavía no estamos en condiciones de valorar bien en todas sus proyecciones y consecuencias, se tendrá el perfil fiel del valor y la significación artísticas, culturales y humanas del gran escultor desaparecido, que sigue viviendo en sus obras y en el corazón de quienes tuvimos la suerte de conocerle y quererle en espíritu y creación.

D. F. P.